



CAPÍTULO XXIX

Peligra el pellejo de Juan José

JUEVES treinta y uno de Diciembre, á las nueve de la noche, se estrenó, después de anunciarse muchas veces, la ópera *Giovanna d'Arco*, cantando la Cortessi, la Tomassi y Ottaviani.

Hacía un frío que partía las carnes; así es que á la entrada del coliseo no se veían sino gentes envueltas en *raglands*, *paletós-levitas*, *montecristos*, *talmas*, *románticas*, capas y barraganes. Posadas, Dios las diera: con la seguridad de que de una hora á otra vendría el cuartelazo que pusiera fin á aquella situación tirante, nadie pensaba en divertirse, pues aun el teatro estaba casi vacío, á pesar de que las familias habían dejado apartadas sus localidades.

En el pórtico del *Nacional* topé con Juan Díaz, Sánchez y otros chicos alegres.

— Vamos á comer el pavo al Hotel del Bazar. Allí te presentaremos con un muchacho á quien debes conocer, Sabino Flores, que ha sido ya gobernador de Querétaro y que viene ahora en misión cerca de Comonfort.

— Ah, sí, es el emisario de Doblado. Dicen que el otro día duró el Consejo de ministros seis horas seguidas, y que tu amigo se plantó bonito, demostrando que don Manuel no ha traicionado á sus compromisos respecto de Comonfort.

— El caso es que, traicionándolo ó no, le ha de dar muchos dolores de cabeza, pues nada menos Guanajuato acaba de asumir su soberanía, autorizando al Gobierno para ofrecer á los poderes de la República un asilo en la ciudad del Estado que guste elegir.

— Y lo mismo ha hecho Jalisco; aun la correspondencia con los poderes del centro ha interrumpido Parrodi.

— É igual cosa hace Querétaro: he visto la proclama de Arteaga.

— Y Michoacán obra en el mismo sentido; ya han llegado proclamas del gobernador Silva, del general Huerta, del Congreso y de no sé quién más.

— Pero en cambio expulsan á Alatraste de Zacatlán de las manzanas, con todo y su legislatura trashumante.

— Y ni Jalisco, ni Guanajuato, ni Querétaro, ni Michoacán, ofrecen dietas á los diputados.

— Bah, interrumpió un chusco; pero con camotes

de Querétaro, *ates* de Morelia, jarros de Guadalajara y plata de Guanajuato, algo se puede contar.

— Estos no son sino enjuagues de Doblado; es el hombre más ambicioso del mundo.

— Pues ahora no lo demuestra, porque la coalición acaba de nombrar jefe de las tropas á Parrodi.

En eso estábamos, cuando llegó el ex-polizonte Nicolás Cuevas:

— Novedad, señores, novedad; Zacatecas, San Luis Potosí y Aguascalientes se adhieren á la coalición.

— Otra más gorda, exclamó Florencio del Castillo; el señor capitán de ingenieros don Leandro del Valle, á quien les presento y que acaba de regresar de Europa, me dice que Veracruz se ha *despronunciado*, volviendo al régimen constitucional.

— E Iglesias, Zamora y Llave, dijo del Valle, han declarado que no siguen á don Ignacio, á causa de que aquí se ha hecho pronunciamiento por el clero y Santa Anna. Hoy al salir del Congreso, supo estas cosas el Presidente.

— ¡Qué barbaridad, ni quién piensa en Santa Anna!

— Pero él sí piensa en nosotros, gritó Covarrubias; hoy he visto una carta que le dirige á un su pariente, hablándole de los males que aquejan á *esta desgraciada patria, tan digna de mejor suerte*, y declara que está dispuesto á hacer el último sacrificio por ella viniendo á

sacarla de las garras de la demagogia. Que para esto se rodeará de gentes de buena voluntad...

— Y de arraigo, dijo Castillo riendo á carcajadas.

— Y de buenos principios, seguí yo.

— Y que no le traicionen, completó Sánchez.

— Es el caso que en Puebla, uno de esos oficialillos de anillo de plata en el dedo y cruz de terciopelo en el pecho, brindó la otra noche por el desterrado de Kingston.

— Y que *El Eco* habla de la vuelta de Santa Anna como de una cosa de clavo pasado.

— ¿Y qué *Eco* es ese? pregunté.

— Es el sucesor de *El Universal*, un mocho feroz. No tiene más de apreciable que su literatura. Ahora publica una novela llamada *Diana*, original de Pepe Roa, y pronto insertará otras cosas.

— Menos mal.

— Leandro, ¿y qué se dice de México en Europa? preguntó Covarrubias.

— En Madrid duran todavía indignados por los que ellos llaman nuestros crímenes. Lafragua no ha sido ni será recibido, pues los periódicos sienten convulsiones epileptiformes, sólo al pensar que no se les dé antes satisfacción plenísima.

— ¿Y en París?

— En París publica *L'Univers*, diario de Luis Veuillot, artículos formidables contra México. Dice que sólo la

prensa protestante y revolucionaria de Europa y América elogia á Comonfort; que no hubo pretexto para desterrar al obispo de Puebla; vaticina que el señor Comonfort será traicionado por los suyos, y que aspiran á sucederle tres enemigos de la Iglesia: don Benito Juárez, don Miguel Lerdo de Tejada y don Juan José Baz. Hablando de la ley, Lerdo dice que la palabra desamortización, en el lenguaje revolucionario, significa *robo sacrílego*.

— Pues lucidos quedarán los diputados que aprobaron la ley, los ministros que la autorizaron, los gobernadores que la publicaron, los jueces que la cumplieron y los escritores que la defendieron.

— Sobre todo, si tienen casitas como algún periodista, que ahora está metido en una disputa con el mayordomo de las monjas de Regina Cœli, por si ha pagado ó no ha pagado los réditos de las fincas que guarda, denunciadas conforme á la ley de Junio.

— Por lo demás, continuó Valle, los ricos mexicanos son aceptados en Europa como en todas partes. Varios de ellos fueron invitados á Compiègne para acompañar al Emperador y la Emperatriz.

En la cacería de ciervos que hubo en el bosque, la señorita doña Manuela Errazu fué la primera en alcanzar el animal tras de correr doce leguas. El Emperador le dió el premio, presentándole la pata derecha...

— ¿Pues no se la tenía dada á Eugenia Montijo?

— ¡La pata derecha del animal, hombres! Mereció por esto las aclamaciones de toda la corte.

— ¡Qué honra para la patria!

— Concurrieron además el general Almonte, Gutiérrez de Estrada, creo que también el infeliz de José Manuel Hidalgo, y no sé cuántos más. Dicen que el Emperador se interesa mucho por nuestras cosas y que piensa redimirnos, lo mismo que á toda la América latina.

— *Abrenuncio.*

— Y lo mismo decimos todos, continuó Valle; pero esos ensueños no tienen trazas de realizarse.

— ¿Y por qué estuviste tan poco tiempo en Ultramar?

— Cuestión de fondos; apenas pude vivir un año, y de ese no pasé un mes en París, sino que anduve peregrinando por colegios, polígonos, fábricas de armas y cuarteles, instruyéndome en las cosas del oficio. Traigo multitud de apuntes, datos y proyectos; ya verán.

Se nos incorporó un amigo, el ayudante López Romo, y llamándome aparte me dijo:

— El señor Comonfort dispone que se presente usted en seguida.

Me despedí de prisa y llegué al Palacio, teniendo que esperar mucho para hablar al Presidente, pues estaban dentro del aposento dos ó tres personas. Luego que salieron y que el ayudante de guardia avisó que yo había llegado, pasé á presencia del General, que me recibió de

pie y con muestras visibles de agitación. Estaba pálido, sudoroso, cortaba la estancia en todas direcciones al dar sus paseos, y me dictó órdenes con ceño que yo no conocía.

— Va usted, aprehende á don Juan José Baz, y le trae á mi presencia vivo ó muerto... No, dijo corrigiéndose y de prisa; no le aprehende usted para traérmele, sino para fusilarle desde luego y sobre la marcha en la plazuela de Mixcalco... Puede usted tomar diez hombres de la guardia del principal... Le voy á dar las órdenes.

— Señor, interrumpió Payno, descolorido como un pan de cera y temblorosa la barbilla; me tomo la libertad de advertirle que quizá no sean ciertas las presunciones de usted. Esperemos á Brito; veamos qué nos dice de las causas del suceso, y entonces quizá convenga esperar.

— Yo no espero á nadie, exclamó el Presidente, tirando la pluma con furia. ¿Qué mejor demostración quiere usted de la doblez de ese hombre, que el despronunciamento de Veracruz?

— Quizá él no lo haya promovido, señor. Sobre todo, lo que yo quiero evitar á usted es la pena, el remordimiento de haber cometido un atentado.

— ¡Atentado! ¿Y cuántos han cometido contra mi persona? ¿Cuántas veces he perdonado para que en seguida se vuelvan contra mí, y me traicionen? Si hubiera fusilado á Osollos, á Miramón, á Gutiérrez, á Herrán, á toda la canalla cuando la tuve en mis manos, puede usted

estar seguro, don Manuel, que, á la hora de ésta, todo marcharía maravillosamente. No, no hay que ser bueno es este país, porque nada hay más cierto que al que se vuelve miel, se lo comen las moscas... Cuando se vea el



cadáver de ese hombre de dos caras, se comprenderá que soy el mismo que durante su vida ha luchado con varia fortuna, pero con valor, contra todas las picardías y todas las infamias.

— Sin embargo, señor, replicó Payno, nada se pierde

con esperar; yo no pretendo que usted no castigue, sino que castigue con justificación.

— Bien, tiene usted razón. Retírese, Pérez, y usted, don Manuel, diga á ese hombre que salga de México para el interior, para Veracruz, para donde guste; que le perdono, con la sola condición de no saber más de él.

Salió Payno, salí yo, y al pasar por los aposentos del ministro en el entresuelo, me dijo don Manuel al oído:

— Si don Ignacio se hubiera empeñado en llevar á efecto esa orden tan descabellada, no habría usted tenido necesidad de grandes trabajos para cumplimentarla: Baz está encerrado aquí, en mi cuarto, y mañana mismo sale para Querétaro. Su equipaje está ya en la casa de diligencias.

